

CAPÍTULO 1

Escuchar un disparo hace que el mundo se detenga. Hiela la sangre, eriza la piel y ahoga la garganta. Uno cree estar acostumbrado al aleteo de los pájaros que huyen despavoridos, al pánico contenido en un grito ahogado, a las persianas que se cierran de golpe.

Pero ¿escuchar un disparo dentro de un hospital?

Me encantaría decir que eso fue lo más grave que pasó durante mi corta estadía en el Hospital Soissalo. No obstante, empezar un relato faltando a la verdad me parece un tanto deshonesto.

Yo estaba en mi segundo día bajo el mando del Dr. Cirole, que de doctor no tenía nada porque no era ni médico ni tenía posgrados en su repertorio. Hasta dudaba de que fuese abogado, pero su prontuario era intachable. Me había cansado de escuchar los halagos de uno de los mejores legistas en salud. Del tipo que defendió a capa y espada a todos los médicos del Soissalo y que no perdió un solo caso de mala praxis.

Mi intención inicial era cumplir una pasantía, formarme bajo su tutela, adquirir todo su saber, inspirarme y tratar de emular al menos una fracción de su sabiduría.

Lo último que esperaba era estar frente a ese viejito sin saber qué hacer con mi vida.

El hombre me había encargado archivar unas carpetas y yo estaba sumido en el aburrimiento de la tarea menos inspiradora de mi existencia, cuando el disparo hizo que se me cayeran todas al suelo y la oficina se convirtiese en un prado otoñal de formularios y documentos. Fue cuestión de girarme para constatar que Cirole no se hubiese pegado un corchazo a mis espaldas, y abrir los ojos tanto como me lo permitieron mis párpados.

—No se dan cuenta —empezó rabiando entre dientes— de lo mucho que contaminan el planeta con estas estupideces.

Mi jefe, con sus quinientos años recién cumplidos, sacaba una tijera por la ventana y pinchaba unos globos de colores que se habían quedado enredados en una rama del inmenso gomero que decoraba el patio.

—Todo muy lindo con los colores y el festejo —siguió—, ¿pero después? ¿A dónde van a parar estos globos? Décadas tarda en degradarse esta porquería, pero claro, ¿cómo vamos a privar a los pibitos de este espectáculo? Suelten palomas si quieren, peguen tiros al aire, ¿pero globos? ¿Será posible?

Me quedé en silencio. Me hubiese encantado asomarme por la ventana para averiguar qué festejaban, pero temía que, de hacerlo, el hombre me clavase la tijera en el pecho.

—Además, ¿qué tanto festejan? ¿Qué saben si realmente fue su última quimioterapia?

Y la intriga pudo más. Aproveché que me daba la espalda y estiré la cabeza hacia un costado. A través de la ventana, vi a una niña con una bandana cubriendo su cabeza mientras lloraba desconsolada en el medio del patio. Sus padres la abrazaban, los médicos aplaudían y todos los que pasaban se detenían para sumarse al festejo.

Fue ver la escena para que se me escapara una sonrisa y un nudo anidase en mi garganta. Pero el viejo percibió mi vibra emocional, se giró con brusquedad y enarcó tanto sus cejas que poco más y se le caían de la cara. Justo cuando estaba por soltar un insulto para el recuerdo, se abrió la puerta del despacho de par en par.

Sin pedir permiso, se asomó un cura vestido de civil, con su clásico pantalón caqui, la camisa celeste y el collarín blanco acogotándolo. Para mi sorpresa, el hombre apenas si se inmutó al encontrarse a Cirole apuntándome con una tijera.

—Así no te van a durar ni una semana los pasantes, Omar.

El doctor refunfuñó y guardó la tijera en el lapicero. Los globos que resistieron su asedio se zarandeaban por detrás, tratando de zafarse de las ramas para huir hacia un destino un poco más alegre.

—Ya duró más que el anterior.

Los dos sonrieron y traté de escabullirme hacia mi escritorio para pasar desapercibido. La oficina de legales era amplia, pero mi lugar estaba reducido a una pequeña mesa en una esquina del despacho. Si bien al hombre le gustaba trabajar solo, tampoco podía mandarme a otro lado. Por lo que me quedé ahí, haciéndome el desentendido pero sin perderle pisada a la conversación.

Cirole hizo un ademán al sacerdote como para que tomase asiento, pero el hombre negó con la cabeza, y ni siquiera se apartó de la puerta.

—Vengo por Luca Fortunato —su voz era árida, como de fumador.

—Otra vez con lo de ese pibe, será posible —Cirole soltó el aire y se desplomó sobre su silla.

—Tengo a los papás en la capilla que me preguntan todos los días si sé algo de su muerte.

—Te pasa por ser cura. Por tener que dar respuestas que la ciencia todavía no les puede ofrecer.

—¡Qué ciencia ni qué ciencia! Omar, ese nene estaba sano y se murió de la noche a la mañana.

—Hasta donde sé, no tan sano —revoleó los ojos con sorna.

El cura cerró los párpados en cámara lenta, ganando tiempo y paciencia. Todavía agarrado del picaporte, me miró a mí y luego a Cirole.

—¿Al menos le echaste un ojo a su carpeta?

—¿Te cabe alguna duda?

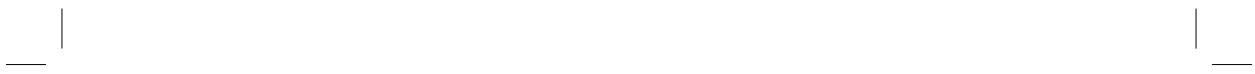
SUELTA DE GLOBOS

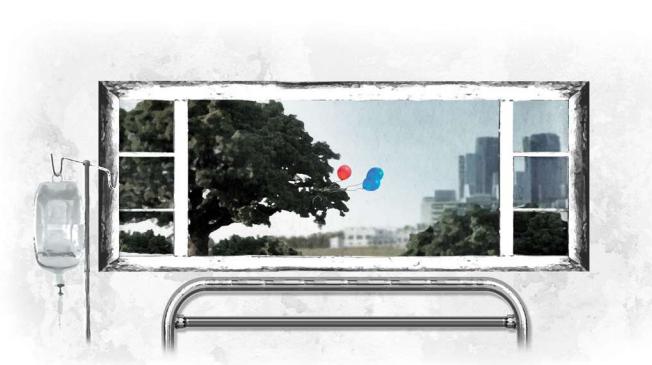
El día anterior había sido testigo de cómo había puesto la carpeta última bajo una pila enorme de papeles. Nunca la había abierto.

—Se te viene un quilombo. No digas que no te avisé.

—Mirá si me vas a venir a decir cómo tengo que hacer mi trabajo.

—Solo te estoy pidiendo que lo hagas. Hacelo como quieras. Pero ese chico sabía cosas, no te hagas el que no estás al tanto. Y justo se viene a morir durante una internación ya dudosa de por sí. —Frunció los labios y lo miró severo—. Raro, ¿no? —El padre Humberto se encogió de hombros, dio media vuelta y cerró la puerta.





CAPÍTULO 2

El silencio tras la salida del sacerdote se volvió asfixiante. Sentía la sangre de Cirole burbujejar a un costado, listo para agarrársela con cualquier objeto viviente que lo circundara. No debía moverme. Era como esos dinosaurios que solo percibían movimientos bruscos. Me limité a observar mis papeles aguantando la respiración.

En eso lo escuché rezongar, incorporarse y de nuevo los disparos. El hombre había vuelto a pinchar los globos enredados en las ramas del gomero mientras mascullaba insultos y ridiculizaba las cosas que había dicho Humberto con voz aniñada.

—Se te viene un quilombito, Omarcito —murmuraba, completamente disociado—. No digas que no te avisé, estupidito.

Aproveché y fui hasta la pila de papeles en ánimos de darle cierto orden a esa locura de despacho. Pero lo cierto era que quería ver la carpeta. Quería al menos separarle los documentos y que me felicitara, que me permitiese formar parte de algo ligeramente más interesante que pincharle globos a una pobre nena que sobrevivió al cáncer. Fue

cuestión de segundos para que tuviese que desistir de mi empresa.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Frené en seco y la carpeta cayó como una piedra sobre mi escritorio. Cirole seguía dándome la espalda, atravesando la ventana, analizando qué globo pinchar luego.

—¿Yo? —pregunté y cerré los párpados, arrepentido por completo de la pregunta.

Lo vi frenar, tomar aire y girar tan lento como un molino cuando la brisa es débil. Esas cejas hiperpobladas por una infinidad de pelos blancos, esos ojos negros que chupaban el alma, las arrugas papíricas en su piel agrietada. Si alguien me decía que enfrente tenía a la parca, no lo hubiese puesto en duda.

—¿Y de quién más voy a estar hablando?

Tragué saliva.

—Or... Ordenaba los papeles.

Cirole agarró su bastón, cojeó hasta mi escritorio echando bufidos en cada bocanada de aire y llegó casi extenuado. El hombre se paró frente a mí y me miró de arriba abajo. Mientras lo hacía, su bastón empezó a elevarse unos centímetros. Pensé que iría a incrustármelo en las costillas, pero el viejo lo precipitó contra la pila de papeles, desparramándolos todos en el suelo.

—Regla número uno del empleado municipal: nunca hagas más que tu superior.

—Pero yo no estaba...

Antes de que pudiese terminar, se dispuso a agarrar la carpeta del tal Luca Fortunato. No la hojeó, no me la delegó, ni siquiera la guardó en un cajón. Fue tranquilo, cojeando hasta el tacho de basura y, sin sacarme los ojos de encima, la dejó caer.

—Regla número dos: nunca trates de justificarte con un superior.

Me mordí la lengua y sentí la ira invadirme los pulmones. El viejo, en cambio, negó con la cabeza y rio.

—Esto es muy fácil, pibe. Acá se hace lo mínimo e indispensable. Si hacés de más, dejás mal parados a los de arriba.

—Pero yo...

Y esta vez me apuntó con el bastón en el centro del pecho.

—Si hacés de más —me espetó con una carraspera digna de una motosierra—, elevás la vara para vos mismo. El día que te relajes, todos se van a dar cuenta. Y por todos me refiero a mí. Más vale empezar con lo básico.

Ambos guardamos silencio y el hombre bajó su bastón. Tomé aire, calmé la tempestad mental que me nublaba la vista y di algo de sosiego a mi corazón completamente desbocado.

—No quiero justificarme —empecé haciendo énfasis en la templanza de mi voz—, ¿pero qué sería más básico que ordenar papeles?

Cirole se partió de risa.

—Te falta tanto, chiquito —siguió riendo mientras cojeaba hacia su escritorio—. Tanto.

—Claro. Para eso vine.

El hombre frenó en su puesto de trabajo, miró su reloj y bostezó.

—¿Cómo me dijiste que te llamabas?

—Amadeo.

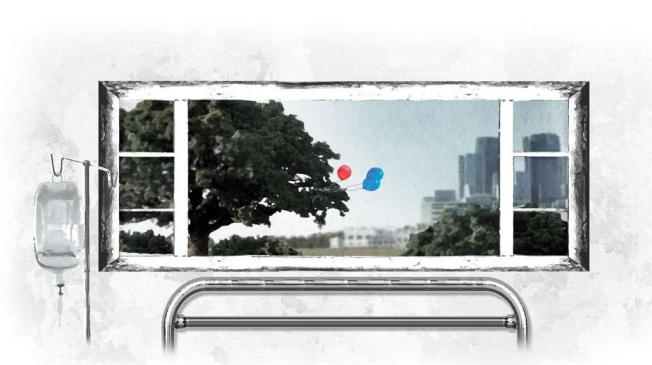
—Bueno, Amadeo —empezó agarrando su maletín y emprendiendo la marcha—, por ahora limitate a calentar el agua y tener ese mate siempre cebado —señaló un mate que descansaba en la mesita de la esquina del despacho—. No te pido nada más que eso para aprobar esta pasantía.

—Pero yo no vine a...

—Nada más que eso —dijo y me hizo a un lado con su bastón—. Nos vemos mañana.

—¿Ma...? —Pero el hombre ya se había retirado.

Se suponía que debía quedarme hasta las cinco de la tarde. No eran ni las once y Cirole había dado el día por concluido. Siendo que mi única tarea era tener el mate siempre listo, hice lo único que podía hacer alguien en mi posición: sacar la carpeta de Fortunato de la basura y leerla entera sin que el viejo se diese cuenta.



CAPÍTULO 3

Llevaba dos días ahí adentro y no me había hecho un solo amigo. El viejo casi que no me daba bola, el pasillo de nuestro despacho estaba prácticamente desierto y un poco parecía que la gente nos evitaba. Me había pasado de ver a los de limpieza huir cada vez que alguno de los dos abría la puerta para salir a buscar algo y, en cierto modo, no los juzgaba.

Pero si tenía que ser honesto, además de aprender, lo que buscaba era tener una buena experiencia. Algo para contar cuando regresara a la facultad. Ya me había pasado la noche previa que mi viejo me preguntó qué tal mi primer día y tuve que inventarle algo para no confesarle que me la había pasado metiendo correspondencia en el triturador.

Todavía me quedaban dos años para recibirme. La mayoría de mis compañeros habían elegido pasantías en juzgados civiles y penales porque eran lugares en los que tenían la posibilidad de insertarse laboralmente antes de terminar con sus estudios. Pero yo odiaba el hecho de tener que trabajar de algo tedioso para poder hacerme mis primeros pesos. Para lograr esa experiencia que todos te exigían pero pocos te brindaban.

Si algo no quería, era llegar a la mitad de mi vida sin darme cuenta de que había estado siguiendo el clásico camino del abogado que se dejó llevar sin nunca frenar la pelota. De ninguna manera. Me apasionaba el derecho y nadie me iba a privar de aprovechar cada segundo de mi formación. Menos cuando teníamos una muerte dudosa sobre el escritorio y se había decidido de forma unilateral carpeteárla.

Según la historia clínica, Luca Fortunato había muerto de un paro cardiorrespiratorio secundario a una arritmia. Leer su fecha de nacimiento me dio escalofríos. Catorce años... Un nene. Un pibito con toda una existencia por delante.

Nadie me había obligado a elegir mi pasantía en un hospital general. Pero lo cierto era que nunca se me había cruzado por la cabeza que podía llegar a toparme con casos pediátricos. Menos aún en mi primera semana.

Papá siempre me dijo que uno tiende a dar la salud por sentada por el simple hecho de que la estadística juega a favor de los jóvenes. Pero a fin de cuentas, la vida es ese pez que salta en el medio de un lago quieto. Impredecible, bellísimo y fugaz. Algunos saltan alto, otros dan como tropiezos sobre el agua. Lo importante es no pasar por alto su estela. Porque si se mira con atención, todos generan oleaje en la orilla.

Tanto Cirole como el cura estaban en lo correcto: el chico apenas si había tenido un resfrión el día anterior

a morir, pero a su vez, era un paciente oncológico. Luca tenía un cáncer en su fémur derecho y venía haciendo quimioterapias todos los meses. Acababa de hacer una hacia unos días y se había quedado internado más por precaución que por otra cosa.

O al menos eso entendí tras un intenso análisis jeroglífico de la carpeta. Leer esa historia clínica por momentos se sintió como enfrentar un idioma completamente nuevo y desconocido para el hombre. En parte por la caligrafía de los médicos y principalmente por el léxico incomprensible que utilizaban. Cada cinco palabras tenía que buscar una en mi celular para entender a qué hacían referencia.

Pero la peor parte, y tuve que verificarlo con otras historias para asegurarme de no estar siendo demasiado perseguido, era la cantidad de tachones y desprolijidades innecesarias en sus actualizaciones. Cambios de tinta, de caligrafía, hojas arrancadas, fechas que no coincidían con la cronología de los hechos y un sinfín de pequeños detalles que me obligaron a ponerme de pie y, con el corazón martillándose el pecho, salir raudo a hablar con algún responsable. Porque Cirole no estaba, mi tiempo valía tanto como el suyo y el mate podía cebarlo otra persona.

La adrenalina de lo prohibido guió mis pasos erráticos por nuestro pasillo vacío. Si bien sabía adónde iba, era fácil perderse en el Soissalo. El patio central separaba de un lado el edificio infanto-juvenil y del otro el de los adultos. Por

algún motivo, el despacho de legales quedaba arriba de las salas de internación pediátrica, por lo que mi viaje hasta la sala 6 de los pacientes oncológicos fue relativamente corto.

Nunca había paseado por el resto del edificio y me costó ocultar mi asombro con los detalles decorativos para los niños. En parte porque nuestra oficina parecía sacada de los setenta y perfectamente preservada en formol desde entonces, pero el resto del complejo era sumamente agradable de recorrer. La ambientación era alegre, con dibujos y colores en las paredes, superhéroes en los techos, animalitos en las esquinas. No digo que daba gusto pasearse por salas de internación en las que los chicos luchaban por su vida todos los días, pero había que admitir que volvía algo más amena la circunstancia.

Agarré el atajo que nos unía con la sala 6 utilizando las escaleras de emergencia y aparecí en el centro de un largo pasillo pintado de un naranja pastel que tenía un sinfín de puertas a cada lado. Podía verse el interior de las habitaciones a través de amplios ventanales por los que enfermeros y médicos supervisaban a sus pacientes sin necesidad de entrar, pero traté de no entretenarme mucho con los chicos internados.

Eché a andar simulando un completo dominio de la situación, sabiendo perfectamente con quién quería hablar y qué información quería obtener, pero lo cierto era que apenas si sabía dónde estaba parado. Algunos niños se asomaron por los ventanales al verme pasar. Muchos de

ellos peladitos, con sueros en sus brazos, hematomas en el cuerpo, caras redondeadas, cables en el pecho. Apuré el paso sin saber bien por qué, hasta que una señora bajita pero grandota me frenó en seco.

—¿Perdón? —La mujer rozaba los cincuenta y vestía un ambo verde oscuro, el color que utilizaban los enfermeros. Su voz era cavernosa, como si hiciese eco en su tamaño—. ¿Alguien le dio permiso para ingresar?

Tragué saliva.

—Perdón, yo...

—¿Quién es usted?

—Amadeo Valenti. Soy del equipo del doctor Cirole.

Lejos de lograr calma en su semblante, sus ojos se entrecerraron de forma circunspecta. Pero no le permití emitir un solo juicio de valor, fui rápido y le tendí la mano. La mujer se tomó sus buenos segundos en estirar su brazo.

—Betty —dijo finalmente y, con muchísimo pesar, me dio la mano—, jefa de enfermería.

—Un gusto, Betty —soltamos el apretón—. Andaba buscando...

—Venís por Luca, ¿no? —Me interrumpió y casi me atoró con saliva—. Una lástima lo de ese chico.

La miré con recelo.

—La verdad que sí. ¿Tendrás un minuto para que te haga un par de preguntas?

Saqué mi libreta, pero esta vez fue ella la que me miró preocupada.

—¿Preguntas?

—Es solo para entender un poco qué pasó esa noche.

—Yo no...

En eso, escuchamos una puerta abrirse al frente de la sala. Un par de médicas nos miraban desde la otra punta.

—Doctora Ladoux —dijo Betty en voz alta levantando una mano—. Vino el *boga*.

Ambas se tensaron como si una descarga eléctrica las hubiese alcanzado. La mayor tomó la delantera y se me acercó haciendo resonar sus zapatos por el amplio pasillo de la sala. Debía tener sesenta años; llevaba el cabello corto en carré perfectamente teñido de rubio, aros plateados del tamaño de un alfajor y un collar que chocaba con el estetoscopio que le colgaba de ambas clavículas. Pero, más que por su imagen, la presencia de la doctora Blanca Ladoux se hizo notar por su intenso aroma a perfume europeo.

—Amadeo Valenti, un...

—¿Y Omar? —me espetó, apoyando ambas manos en sus caderas.

Di un paso atrás.

—Se tuvo que retirar. Venía por...

—Sí, ya sé por qué venías. Pero decile a Cirole que yo no me voy a dejar entrevistar por ningún pasantito. —Se cruzó de brazos—. Perdón, no es con vos, pero si piensa que me voy a dejar ningunear así, decile que está muy equivocado. Si se va a tomar su tiempo en hacer las cosas, que al menos las haga bien.

Me quedé duro. No sé por qué me sorprendió que Cirole no tuviese muchos amigos en el hospital, pero no me esperaba para nada el nivel de hostilidad de esa mujer. A su lado estaba parada una médica varios años más joven, seguro residente, con rulos negros que le habían declarado la independencia.

La mujer estuvo a punto de dar media vuelta para dejarme solo con Betty, pero me di cuenta de que, si no sacaba provecho de mi intromisión en el caso, Cirole era capaz de devolverme a la facultad en un abrir y cerrar de ojos.

—¿No le conviene hablar conmigo antes que con mi jefe? —lancé y la vi frenar en seco.

Blanca dio media vuelta y me miró a través de sus cejas.

—¿Perdón?

—Seamos honestos —di un paso adelante—, ¿se imagina cómo se va a poner cuando le pregunte por los tachones en la historia de Fortunato? ¿Por las páginas arrancadas? ¿Por los cambios de tinta y de caligrafía? ¿Por las fechas que no coinciden?

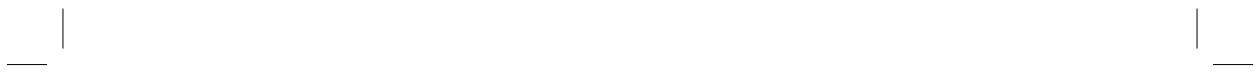
Un silencio nos recorrió los tobillos.

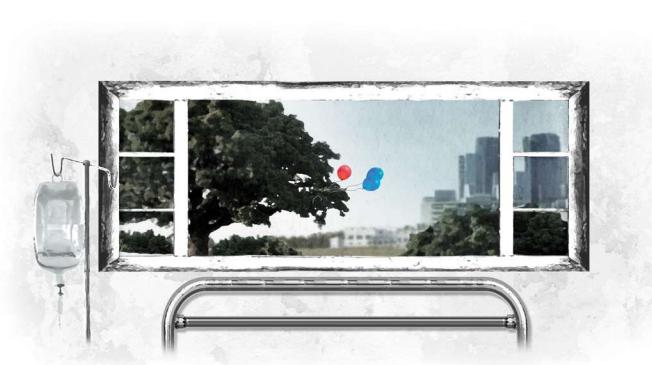
—¿Vos no estarás diciendo que...?

—Yo no dije nada. Pero tengo preguntas que hacerle y me da la impresión de que las está esquivando.

Blanca se tragó el orgullo, se acomodó los anteojos y, por primera vez, me reconoció digno de su presencia.

—Seguime —suspiró al fin—. No tengo mucho tiempo.





CAPÍTULO 4

Entré al despacho de Blanca con el estómago revuelto. Su oficina no consistía en otra cosa que un escritorio con una computadora, un velador y varias fotos de ella con los muchos equipos médicos que la acompañaron durante los últimos años. Me habían explicado que los residentes iban rotando mes a mes en el hospital, de modo que lo más común era que los planteles de todas las salas de internación fueran cambiando.

Aguardé a que ella se sentara e hice lo propio. Blanca me miró entre cansada y molesta, pero no tenía ni la menor idea de lo mucho que estaba improvisando en ese preciso momento.

—Tenés diez minutos —dijo mirando su reloj.

Tragué saliva, me acomodé la camisa y saqué mi libreta.

—Solo quiero saber qué pasó esa noche.

Blanca frunció el ceño.

—¿No leíste su historia?

—La leí. Pero no vengo a preguntar por el tratamiento de su osteosarcoma, sobre si estuvo bien o mal internado. Ni siquiera me interesa su arritmia.

La agarré desprevenida. La doctora apoyó la espalda contra el respaldo de su silla y me miró altanera.

—¿Entonces?

—Quiero saber quiénes estaban presentes. Quién constató la muerte, cuál era su enfermero, si intervinieron o no los terapistas, si...

—Bueno, eso es un problema.

Me la quedé mirando. Guardé mi lapisera como si se tratase de un grabador, sembrándole un espacio libre de registros.

—¿Cuál sería el problema?

—Por eso quería hablar con Cirole. Porque él ya sabe cómo son los manejos del hospital. Las desprolijidades de la noche con las que todos hacemos la vista gorda y que, obviamente, nadie deja asentado en ninguna historia clínica.

—No la entiendo.

—Estaba Gabriela sola. La residente de recién. La de los rulos.

—¿Y los papás del nene?

Blanca tragó saliva y se distrajo con uno de los cuadros.

—Esa noche estaba la mamá.

Su voz salió nerviosa. Algo no me estaba diciendo.

—¿Fue ella la que dio aviso?

La jefa de la sala ladeó la cabeza para un lado y para el otro. Su perfume me embistió como un camión sin frenos.

—Sí y no.

—¿Podremos ser un poco más específicos?

Blanca bufó.

—La señora había bajado a fumar al patio. Se enteró recién cuando volvió.

La observé con seriedad. No me pudo mirar a los ojos. Anoté en mi libreta.

—¿Y no había nadie más con Gabriela? ¿Alguien que estuviese supervisando al chico mientras la mamá bajaba?

—Bueno, Betty también estaba. Pero, como te imaginarás, cuando son dos es casi imposible que estén al tanto de todo lo que pasa en la sala. A veces se hablan entre las madres de las habitaciones de al lado y se piden el favor de vigilarse a los chicos. Más si son adolescentes.

Volví a registrar el dato en mi anotador y Blanca comenzó a repiquetear sus dedos sobre el escritorio.

—¿No había ningún médico de planta?

Agregó un taconeó casi inaudible.

—No.

—¿Eso es habitual?

Blanca se acomodó el pelo, tratando de quitarle importancia a la pregunta.

—¿Ves por qué quería hablar con Cirole? Él ya sabe estas cosas.

Asentí. Después de todo, el viejo me había dejado solo seis horas antes de que terminara nuestro horario laboral. Si todos se manejaban con el mismo reglamento, entonces

podía ser que los residentes realmente estuviesen solos por las noches.

La única diferencia era que yo no tenía ningún título. Mientras que los residentes, dentro de todo, al menos eran médicos.

—¿Y qué pasa cuando hay emergencias?

—Suelen llamar a otros de sus compañeritos para que les den una mano. Si la cosa escala, se contacta directamente a los terapistas.

Que Blanca usase un diminutivo para referirse a personas adultas bajo su mando me hizo acordar un poco a Cirole.

—¿Eso pasó? ¿Pudieron llamar a los terapistas?

—Para cuando llegaron, Luca ya había fallecido.

No perdí un segundo y anoté con lujo de detalles todos los posibles implicados durante esa noche.

—¿Podré hablar con Gabriela?

—No sé si sea lo más inteligente.

—Cuanto más entienda de lo que pasó, más vamos a poder hacer para defenderla. No se olviden de que estamos de su lado.

Blanca volvió a mirar su reloj una última vez y se vio sorprendida por la hora. Se puso de pie para luego colgar el guardapolvo en el perchero, no sin antes colocarse su cartera a un costado.

—Creeme, no es contra vos. Pero Gabriela tenía que estar supervisada esa noche. Así que te pido mil disculpas,

pero todas las preguntas que quieras hacer, me las vas a tener que hacer a mí. Es la única forma de sostener el relato.

—¿Relato?

—Conseguíme a Cirole y te explico. Ahora me tengo que ir. —Me tendió la mano y se la estrechó—. La seguimos otro día.

Blanca me sostuvo la puerta abierta, nerviosa. Me puse de pie un poco orgulloso de haberme animado a entrevistarla, pero al mismo tiempo decepcionado por no haber podido averiguar nada que me diese un claro indicio de cómo había muerto Luca realmente.

Salí de su oficina y vi que Gabriela, la residente de los rulos anárquicos, había esperado a que saliera simplemente para ocultarse en una de las habitaciones. Hice un esfuerzo enorme por no ir a buscarla y respetar lo que Blanca me había pedido. Después de todo, nos debíamos otra conversación. Lo último que necesitaba era ponerla en mi contra.

Avancé por el pasillo de la sala dudando en si contarle a Cirole sobre la entrevista, cuando sentí a alguien chistarme desde un costado.

—Señor... —me llamó un nene desde la puerta de su habitación.

Frené en seco. El chico no podía tener más de doce años, estaba pelado y le faltaba el ojo derecho.

—¿Yo? —le pregunté algo incrédulo.

Me miró. Parecía nervioso, relojeando constantemente que no viniese nadie por el pasillo. Su piel blanca era casi tan translúcida como el camisolín que vestía.

—¿Vos sos policía?

Me reí.

—Algo así.

Pero el chico no me correspondió la risa. Al contrario, poco más y el terror le hubiese derretido su único ojo celeste.

—Mi nombre es Renzo.—Tragó saliva—. ¿Viniste por el que mató a Luca?

—¿El que...?

Y noté sus inmensas ganas de confesarme algo protruir de sus labios temblorosos. Volví a mirar hacia los costados, me le acerqué inclinándome un poco y le contesté en un susurro:

—Sí. ¿Vos estuviste esa noche?

Renzo tragó saliva, se puso pálido y la voz le salió trémula y débil.

—Yo no sé nada. Te juro que yo no fui.